

Historizar a Descartes: La carta de presentación de Giuseppa E. Barbapiccola



Mariela Paolucci (Introducción, traducción y notas)

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Resumen

Introducción a la traducción al español del *Prefacio* de Barbapiccola a su versión italiana de los *Principios de la filosofía* de R. Descartes (1722).

Palabras clave: Historia intelectual, Descartes, nueva Filosofía, libertad de filosofar, traducción.

Historicizing Descartes

Abstract

Introduction to the Spanish translation of Barbapiccola's *Preface* of her Italian translation of the *Principles of Philosophy* by R. Descartes (1722).

Keywords: Intellectual History, Descartes, new Philosophy, freedom to philosophize, Translation.

El prefacio a los lectores

Giuseppa Eleonora Barbapiccola (*tra gli Arcadi Mirista*)¹ publica su traducción de los *Principios de la Filosofía* de Descartes a la lengua italiana en 1722. Fue la primera traducción de la obra al italiano, aunque no la primera a lengua vernácula. La primera fue publicada en 1647 y es la traducción al francés por parte de Claude Picot, solicitada y revisada por Descartes. Esta edición francesa es tenida en cuenta por Giuseppa para su traducción aunque, tal como también nos informa, la confronta además con el texto original latino.² En su traducción, Barbapiccola añade un elemento paratextual que

¹ Es el lema que acompaña tanto a su retrato (añadido en la edición como anteportada) como a su nombre en la información sobre el traductor, en el frontispicio. *Mirista* es el nombre de Giuseppa como miembro de la Academia de la Arcadia de Bolonia (fundada en 1690), en el momento de la publicación de esta edición. Si consideramos las academias italianas del siglo XVIII, Arcadia es –con algunas particularidades, tanto en su continuidad como en los requisitos para la admisión–, el primer centro de formación en admitir a las mujeres. Cf. Graziosi, 2009.

² A partir de las consideraciones sobre el lenguaje que Giuseppa introduce en su prefacio, sería relevante reconstruir el modelo teórico en el trabajo de su traducción, y para una historia de la traducción, que Giuseppa también bosqueja allí. En esta introducción no abordaremos estos temas.



aquí presentamos y traducimos: un prefacio en el que se presenta en nombre propio y con el que se apropia, como traductora, de una obra filosófica que proyecta difundir a un nuevo auditorio. La edición tiene además otro elemento paratextual: su propio retrato en la anteportada.³ Su posición ante la autoría (aunque ocasional) es clara y manifiesta,⁴ pero su escrito es de carácter mediato⁵ y tiene, en principio, dos finalidades: presentar una obra y presentarse como competente en su rol de traductora. Para ello elige un género discursivo⁶ —el prefacio— que es en sí mismo comunicativo con el lector, en el que de manera personal confronta diversas expectativas sociales: una mujer traduce una filosofía “nueva” (condenada como heterodoxa) sin la protección de la dedicatoria a una figura del poder secular.

El prefacio que compone Barbapiccola evoca el prefacio que Descartes añade para la edición francesa de sus *Principios*. El texto de Descartes, incluido en la traducción de Picot, está escrito a la manera de una carta dirigida al traductor: “Carta del autor al traductor del libro, que puede utilizarse como prefacio” (AT IX, 2), pero cuyo destinatario real es “quienes no han tenido formación en las letras” y también quienes la han tenido, pero “tienen mala opinión de la filosofía”. Como si Descartes necesitara de un mediador para comunicar su filosofía al amplio público, y como si su rol de autor también lo habilitara para indicar los lineamientos generales a un subalterno, presenta los elementos que el prefacio debe contener: la explicación del tema del libro, de sus objetivos y de su utilidad.

Pero en su prefacio Barbapiccola omite redactar una exégesis de la filosofía cartesiana. Y a pesar del prejuicio cartesiano sobre la historia (comprendida solo con una metodología doxográfica —como historia de las opiniones— y como saber opuesto al que brinda el modelo matemático),⁷ Barbapiccola *historiza* la filosofía que presenta: la nueva filosofía es la filosofía del razonamiento metódico, pero lo que permite caracterizar lo “nuevo” y resignificarlo de lo “nuevo” ligado a la condena, es la elaboración de una historia de la filosofía, en la que la mujer puede ocupar con justicia el lugar histórico del que se la había suprimido. En su rol de autora ocasional, construye un saber sobre algo ocultado por los tópicos misóginos de la tradición letrada y —dados los diversos recursos retóricos de modestia para presentarse como competente— algo también ocultado en su propio presente. Su autoconciencia histórica configura un pasado del que se considera heredera, con la potencialidad de proyectarse históricamente hacia un futuro deseable.

3 Firmado por el grabador napolitano Francesco de Grado (1663-1733).

4 En las primeras líneas de su prefacio, presenta el libro como *obra de una mujer*.

5 Mirella Agorni (2016) señala la posición de ambigüedad en la autoría de las voces femeninas. En el caso especial de Italia, a pesar de la destacable erudición y competencias de las intelectuales mujeres, pocas publican con su nombre o pocas publican escritos originales (Agorni, 2016: 19).

6 Heredero de la tradición del teatro clásico, luego del Renacimiento, el prólogo puede legítimamente considerarse como un género discursivo distintivo y propio, cuando se transforma en “prólogo de autor”. (Buesa Gómez, 2003: 187).

7 Descartes pareciera comprender la historia (de las letras) como fábulas o como un *memorable* de opiniones, un saber no desligado de la figura de la autoridad intelectual, entendida como diversa y cambiante. Así, en las póstumas *Regulae*, “lo que otros han pensado” es equivalente, como opuesto a la ciencia cierta, a lo que nosotros “conjeturamos” (*suspiciemus*) (AT X, 366, 10). El modelo de saber cierto es el de la demostración matemática, que no depende de la memoria sino del correcto encadenamiento de las razones. En este sentido, en la misma Regla III de las *Regulae* afirma que “...jamás llegaríamos a ser matemáticos, aun cuando nuestra mente recordara todas las demostraciones realizadas por otros, si nuestro espíritu no es capaz de resolver toda suerte de problemas; ni por haber leído todos los razonamientos de Platón y de Aristóteles llegaría. mos a ser filósofos, si no logramos formular un juicio adecuado sobre aquello que se nos propone. Así, en efecto, pareciera que hemos aprendido no ciencias, sino *historias*...” (AT X, 367, 15-23). En el publicado tratado metodológico *Discurso del método*, la relativa utilidad del conocimiento histórico-letrado es equivalente con lo que puede aprenderse con los viajes (AT VI, 6).

La oposición entre ciencia e historia generó reacción en la tradición humanista del contexto francés, especialmente en Pierre Bayle. “Carlo Borghero ha demostrado que, avanzado el siglo XVII, Bayle y varias decenas de eruditos europeos se vieron obligados a enfrentar, además de las formas consabidas de intolerancia clerical, un ataque mucho más profundo a su disciplina. Todo humanista sabía que el influyente *Discurso del método* de Descartes contenía una crítica corrosiva del conocimiento histórico, además del programa para una filosofía nueva. Descartes desdeñaba la historia y las humanidades como un pasatiempo no más informativo y riguroso que los viajes (sólo servían para demostrar que las opiniones y costumbres humanas cambiaban incesantemente). Pero también proporcionaba a sus adversarios las armas que podían volver en su contra”. (Grafton, 1998:118).

Historizar: presentar (la nueva filosofía) y presentarse (como filósofa)

La inclusión de la obra de Descartes en 1663 en el *Index Librorum Prohibitorum* tuvo la feliz consecuencia de difundir la filosofía cartesiana por Europa como expresión de la “nueva” filosofía, entre diversas expresiones del materialismo atomista y otras herejías. Sin embargo, esta difusión no está exenta de particularidades. En el estudio de la recepción de la filosofía cartesiana en el contexto europeo de la modernidad temprana, el cartesianismo en su expresión plural podría resultar la más adecuada y pertinente según se profundice en las variantes de sus recepciones locales, determinadas por los diversos ambientes intelectuales. Así es considerada como una premisa con valor metodológico en Schmaltz (2005)⁸ y esta premisa es también conveniente para la historia intelectual de las mujeres. Específicamente en Italia, el cartesianismo se recibe en círculos intelectuales en los que se presenta un persistente modelo ciceroniano de la tradición humanista que valoriza la historia y su modelo teórico en la erudición. Pero también valoriza la metodología de la historia como la herramienta pedagógica imprescindible para trascender la enseñanza escolar orientada a la figura de la autoridad, especialmente a la de Aristóteles.⁹

Aun con claras diferencias con respecto a la comprensión humanista de la historia, tampoco pueden omitirse del contexto local de recepción del cartesianismo las intervenciones (relativamente tardías) al debate en torno a la disputa sobre los antiguos y los modernos que superaron los términos de la disputa por medio de nuevas comprensiones históricas de la antigüedad. Si atendemos al contexto napolitano, Giordano Bruno —en el primer diálogo de la *Cena de las cenizas* (1584)— desarticula el par de conceptos pretendidamente equivalentes de antigüedad y autoridad letrada, por medio de una comprensión *histórica* de la antigüedad: de los antiguos nos servimos de sus experiencias, no de sus juicios. Y en cuanto a la perspectiva del tiempo, sumada y transformada cada experiencia, la autoconciencia histórica habilita a comprenderse como los verdaderos antiguos.¹⁰ Más ligado a la disputa en torno a la condena de Galileo y en defensa por la libertad de filosofar, Tommaso Campanella¹¹ (1622) también introduce en su discurso apologético, entre otros argumentos, una perspectiva histórica para argumentar por la relatividad de la autoridad teológica de su propio tiempo.

En el círculo intelectual de Giuseppe Valletta (con el nombre de *Bibliophilus Acteus* en Arcadia), Constantino Grimaldi, Paolo Mattia Doria e incluso Giambattista Vico (mencionados en el escrito de Giuseppa) comparten el interés por la historia con diversos proyectos apologéticos por la libertad de filosofar.¹² Descartes circulaba en este ambiente intelectual y se recibe en el amplio contexto de elaboraciones de historias de la filosofía que enfrentaban controversias de índole jurídica, filosófica y cultural ligadas a los juicios y condenas por supuesta heterodoxia. En la *Istoria filosofica* (1697-1704) de Valletta, resuenan las tesis de Bruno al comprender la filosofía del

8 Schmaltz, 2005.

9 Iacopo Facciolati lo expresa en el seminario de Padua de 1716: “Ninguna filosofía es preciso enseñar a los jóvenes, a excepción de la histórica (*nulla est adolescentibus tradenda Philosophia, nisi historica*)”. Cit. en Piaia, 2011.

10 Giordano Bruno: *La cena de las cenizas. De la causa, el principio y el uno. Del infinito: el Universo y los mundos*. Trad. y estudio introductorio: Miguel Granada, Madrid, Gredos, 2014.

11 Tommaso Campanella: *Apología de Galileo*. Trad. Nicola Tudisco, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2006.

12 “In the period which goes from the end of the seventeenth century to the first three decades of the eighteenth, there is a particular attention to the history of philosophy, at various levels, in the Neapolitan cultural area: here, in concomitance with the legal and philosophical controversy which originated at the end of the century with the trial of the “atheists”, Giuseppe Valletta, in his *Istoria filosofica* (1697–1704), adapts material inherited from the Renaissance and from English and Dutch culture to fulfill a precise controversial and apologetic function, inaugurating – against Scholasticism and in defense of the “freedom to philosophize” – a historiography of an ideological nature. This same approach is also characteristic of the work of Costantino Grimaldi, who planned to respond with a universal history of philosophy to the *Lettere apologetiche in difesa della Teologia Scolastica e della Filosofia Peripatetica* (Naples, 1694) by the Jesuit Giovan Battista De Benedictis (alias Benedetto Aletino), the most relentless adversary of those Neapolitan intellectuals who followed the “new philosophy” of Gassendi and Descartes” (Piaia, 2011: 216).

presente en clara oposición con la “novedad” que es objeto de censura: la filosofía moderna es la más antigua.¹³

Las historias de la filosofía se construyen con fines apologéticos. Barbapiccola construye la propia y se suma al concierto de las voces que abogan por la profesionalización del trabajo filosófico. Pero también –y de manera principal– construye una historia para que esa profesionalización sea para un nuevo público, excluido tanto por la tradición letrada como por la tradición de la enseñanza escolar. La autobiografía y el conocimiento de la historia se cruzan para desarticular el tópico que, fortalecido por la alianza entre el poder eclesiástico y el poder escolar, subordina el destino social de la mujer.

¹³ Badaloni, 1958: 510-513.

Bibliografía

- » Agorni, M. (2016). "Translating Science Popularisation in the Eighteenth Century: The Role of Women in the Transmission of Scientific Knowledge", *Revista Canaria de Estudios Ingleses*, 72. 15-34.
- » Badaloni (1958). "Appunti intorno alla fama di Bruno nei secoli XVII e XVIII", *Società*, XIV (1958), 482-519: 510-13.
- » Buesa Gómez, M. C. (2003). "The preface as a genre in english translations in the 17th century". *Estudios Humanísticos. Filología*, (25). 185-196.
- » Findlen, P.; Rebecca Messbarger, R. (eds.) (2005). *The Contest for Knowledge. Debates over Women's Learning in Eighteenth Century Italy*. London: The University of Chicago Press.
- » Grafton, A. (1998). *Los orígenes trágicos de la erudición*, Buenos Aires, México: FCE.
- » Graziosi, E. (2009). "Revisiting Arcadia: Women and Academies in Eighteenth-Century Italy", en: P. Findlen, W. Wassyn Roworth y C. M. Sama (eds.), *Italy's Eighteenth Century. Gender and Culture in the Age of the Grand Tour*. Stanford: Stanford University Press.
- » Piaia, G; Santinello, G. (eds.) (2011) *Models of the History of Philosophy*, vol II. From the Cartesian Age to Brucker. Dordrecht: Springer.
- » Schmaltz (ed). (2005) *Receptions of Descartes. Cartesianism and anti-Cartesianism in early modern Europe*. London-New York: Routledge.
- » Giordano Bruno. (2014) *La cena de las cenizas. De la causa, el principio y el uno. Del Infinito: el Universo y los mundos*. (Trad. y estudio introductorio: Miguel Granada). Madrid: Gredos.
- » Tomasso Campanella. (2006) *Apología de Galileo*. (Trad. Nicola Tudisco). Buenos Aires: El Cuenco de Plata.



Anteportada de la edición de 1722. (Fuente: Librería Antiquaria Gonnelli - Casa d'Aste)



Frontispicio de la edición de 1722. (Fuente: Libreria Antiquaria Gonnelli - Casa d'Aste)

De la traductora a los lectores

Prefacio a los *Principios de la Filosofía de Descartes* (1722)¹



Giuseppa Eleonora Barbapiccola

Traducción y notas: Mariela Paolucci

Universidad de Buenos Aires, Argentina

No quisiera que, en un primer encuentro con el título de este libro y viendo que es obra de una mujer, lo destines a la rueca, a los husos y a las telas, como es la costumbre de Homero en más de una ocasión, en particular cuando le hace decir a Héctor, a su esposa Andrómaca: “Ve a ocuparte de tus tareas ordinarias, esto es, ve a tus husos y a tus telas”.² Madame Dacier [Anne Lefèvre Dacier (1651–1720)], traductora al francés, ha hecho una nota para este último pasaje que la había hecho vacilar, porque era algo que se interponía en gran medida en su poder de traducción. Para confirmar [este tópico], en su nota narra el relato de Heródoto sobre la Princesa de Cirene, Feretima, y el Rey de Salamina (Chipre), Eveltón, que concluye lo mismo.³ Dado que a primera vista pareciera que las ocupaciones de las mujeres no deberían ser otras que “aprender el catecismo, cocer y otras pequeñas tareas, cantar, bailar, adornarse a la moda, ser cortés y conversar con civilidad”, a todo lo cual se opone aparentemente el señor Claude Fleury en el capítulo XXXVI de su *Tratado sobre la elección y el método en los estudios*⁴ [1686], donde se ocupa de “Los estudios de las mujeres”. Porque pareciera declarar que las mujeres no tienen la capacidad para el estudio porque sus mentes tienen cualidades diversas e incluso inferiores que las de los hombres. Pero si se examina con precisión, las mujeres no deberían ser excluidas del estudio de las ciencias, porque sus espíritus (*spiriti*) son más elevados (*follevati*) y “no son inferiores a los hombres en todas las grandes virtudes”.⁵ Por esto muchos otros escritores han hablado de la excelencia y de la dignidad del sexo femenino.⁶ El muy docto Sr. Dr. Paolo Mattia Doria se ingenia en mostrarlo con sólidas razones en sus *Ragionamenti* [1716] dedicados a Aurelia D’Este, duquesa de Limatola.

En verdad, aun sin recorrer el libro de Boccaccio sobre las mujeres ilustres [*De claris mulieribus*: 1361-1362], o cualquier otro que haya hecho de las mujeres letradas

1 Agradezco los valiosos comentarios y sugerencias de Ezequiel Ludueña para esta traducción.

2 *Iliada*, VI, 486.

3 *Historias*, IV, 162. Ante el pedido de un ejército por parte de Feretima, el tirano Eveltón le regala una rueca y un huso de oro, y los justifica como apropiados para una mujer.

4 *Traité du choix et de la méthode des études* (2 vols).

5 Referencia al título del libro de Paolo Mattia Doria (1716): *Ragionamenti di Paolo Mattia D’Oria. Ne’quali si dimostra la donna, in quasi che tutte le virtù più grandi, non essere all’uomo inferiore*.

6 Referencia al título del libro de Lucrezia Marinella (1591): *La nobiltà, et l’eccellenza delle donne co’ difetti et mancamenti de gli huomini*.

(*scienziate*) su tema, ¿para quién no sería notorio, aún con un mediocre conocimiento de la historia, que en todas las épocas las mujeres se han distinguido en la más variada literatura? Cuando la poesía floreció en Grecia, fue célebre Corina de Tanagra, por vencer cinco veces a Píndaro, el príncipe de los poetas líricos. Otra Corina de Lesbos⁷ fue Erina de Telos, una joven de trece años cuyos versos se había dicho que habían alcanzado la majestad de Homero. Sexto Propercio las valoró de manera elogiosa. También Dafne compuso muchos libros de poesía de cuyos versos se sirve Homero después, tal como afirma Diodoro Sículo. De la misma manera, Safo de Lesbos inventó la estrofa sáfica, que por ella lleva su nombre, y Estrabón la juzga incomparable en la poesía. Yambe inventó la poesía yámbica. Carixena es la autora de muchos versos, y Aristofanes los cita en sus comedias. Telesila es alabada por Pausanias. Entre los poetas latinos, encontramos a Pola Argentaria, esposa del poeta Lucano, a quien ayudó a corregir los tres primeros libros de *La Farsalia*, como nos informa Estacio. Dejando de lado a muchas otras, basta con recordar a Proba Falconia, cuyo nombre no era Faltonia –además, era de Orte y no de Roma. Y tampoco debe confundirse, como muchos lo han hecho, con Anicia Faltonia Proba o con Valeria Proba, como muy claramente lo muestra el muy erudito Monseñor Giusto Fontanini en el libro XI de *De antiquitatibus Hortae coloniae Etruscorum* [Roma, 1708]. Proba Falconia compuso, entre muchas otras obras poéticas, el *Cento Virgilianus*, en el que hace uso de los versos de Virgilio para describir las obras de Jesucristo y los misterios principales de nuestra fe. La emperatriz Eudocia, esposa de Teodosio el joven [Theodosius II], ha querido hacer algo similar, usando versos de Homero para describir gran parte de la historia del evangelio, si bien antes que ella están los cantos homéricos de San Jerónimo. (El muy erudito Sr. Niccolo Gallio, duque de Alvito, imita a ambos de manera maravillosa, robando las horas de reposo del estudio para componer un canto elocuente a partir de toda la obra de Ovidio. Se divide en tres libros con el título: *de Deo Redemptore*. Comienza con el misterio de la santísima trinidad y la eterna generación del Verbo y continúa con la entera vida de Jesucristo de acuerdo con lo que han narrado los santos apóstoles. Algunas de sus páginas ya han sido impresas y puestas en circulación por sus amigos). Y si consideramos aquellas más cercanas a nosotros, Vittoria Colonna, marquesa de Pescara, Veronica Gambara (ambas mencionadas con honor por Ariosto), Tullia d'Aragona y muchas otras fueron célebres en Italia. En nuestro tiempo, no hay pocas que tienen un rol distinguido en la renovada Academia de Arcadia, sin dejar de mencionar aquellas que se encuentran más allá de los Alpes, en particular en Francia, donde el espíritu (*spirito*) de las mujeres no es cultivado en menor medida que el de los varones.

Si dejamos la poesía y consideramos estudios más profundos, especialmente los de la filosofía en general que comprende muchas ciencias, donde pareciera que se requiere algo más que una simple mente femenina, descubrimos a Cleobulina la hija de Cleóbulo (uno de los siete sabios de Grecia) quien fue muy estimada por Suidas y Ateneo. Pitágoras dedica algunas de sus obras a su hermana Temistoclea y a su hija Damo (a veces llamada Damone). Eran ambas tan versadas en las disciplinas filosóficas, que la primera colaboró mucho con su hermano y la segunda lo sucedió en la dirección de su escuela. Diotima y Aspasia eran tan cultas en estas ciencias que Sócrates no se avergonzaba de llamar maestra a la primera y de asistir a las lecciones de la segunda, como nos hace saber Platón. Leoncia fue una joven con mucho espíritu y valor, puesto que para la gloria de su nombre no dudó en escribir contra Teofrasto, filósofo tenido por otros por doctísimo. Y omitiendo a Hiparquía, de quien escribe Laercio, a Anficlea, de quien habla Porfirio en su *Vida de Plotino*, y a Axiotea mencionada por Apuleyo y por Plutarco y a muchas otras más; está Hipatía, de quien Suidas y Sócrates en el libro VII afirman que superaba en conocimiento a todos los filósofos de su tiempo. Enseñó en la escuela platónica de Alejandría, instituida

⁷ "Corina de Lesbos" no es una persona real. Es un recurso metafórico para hablar de otra poeta con mérito equivalente.

por el celebrado Plotino, y tuvo un gran número de oyentes que venían de muchas partes para escucharla. En distintos momentos, en esa misma escuela muchas mujeres se destacaron. Más cercanas a nuestro tiempo, fueron ilustres Abella, Mercuriade, Rebecca, Trotta o Trótula, Senzia Guarna, y Constanza Calenda, de la escuela de Salerno,⁸ por haber dictado públicamente lecciones y por haber dado a luz muchas obras dignas. Y para no traer aquí sólo un pasado lejano, es fresca la memoria de la muy erudita reina de Suecia Cristina quien, entre muchos de sus méritos, no solamente ha cultivado la filosofía de René Descartes, sino que también la ha protegido y promovido. Entre nosotros y de un tiempo aún más reciente, la muy celebrada duquesa de Limatola [Aurelia d'Este] hereda de Lucrezia d'Este, duquesa de Urbino, el profundo conocimiento de la poesía y de la filosofía. En filosofía era muy competente y “sentía gran deleite tanto por la física como por la metafísica cartesianas, al punto de llamarlas la única ciencia”, como se lee en el elogio dedicado a ella en el vol. XXXII de *Letterati d'Italia* [1719]. El Monseñor Filippo Degli Anastagi, luego arzobispo de Sorrento y ahora patriarca de Antioquía, compuso una oración muy elocuente sobre sus virtudes intelectuales y morales en ocasión de su muerte, que luego este docto prelado dio a la imprenta junto con otros escritos.

No debemos olvidar otras mujeres provistas de variada erudición, para advertir claramente que su espíritu no es menos idóneo que el de los varones. Han sido muchas. Aspasia de Mileto, sofista muy aguda y experta en retórica, fue maestra de Pericles y luego su esposa; Sosípatra, esposa del sofista Edesio, a quien –por su extensa y variada doctrina– los tontos gentiles la creyeron educada por Dios; Zenobia, reina de Palmira, dominaba tan bien la lengua griega y en la egipcia, que elaboró un compendio de la historia oriental y de Alejandría, según cuenta Trebellius Pollio; Femonoe, tan ilustre en diversas clases de literatura, que mereció el ser mencionada por Lucano, Estacio, Plinio, Eusebio de Cesarea y otros; Cornelia Romana, madre de los Gracos e hija de Escipión el africano, fue elogiada por Valerio Maximo porque, ante una matrona de Campania que le mostraba sus bonitos (*vaghi*) y caros adornos, Cornelia no mostró a cambio oro o gemas ni vistió noble y adornada vestimenta, sino que presentó a sus hijos instruidos por ella en las ciencias, en las que era muy competente –y esos son, ciertamente, los ornamentos más grandes e importantes que una matrona puede tener; las nobles mujeres romanas Fabiola y Marcella, ambas tan instruidas en los estudios sacros, que San Jerónimo estimó justo dedicarles algunas de sus obras, porque bien sabía que las leerían y considerarían –en las dedicaciones de los libros esto debe ser lo único que debe ser atendido, en lugar de incluir en el frente, por vana pompa, el adorno de un nombre con muchos títulos nobiliarios. No menos valorada por este enaltecido santo fue Eustoquia, romana erudita en las letras latinas, griegas y hebreas. La llamaba prodigio de su tiempo. Y también lo fueron [las hermanas] Isotta y Ginevra Nogarola, ambas de Verona. Costanza [Varano], esposa de Alessandro Sforza, fue celebrada por Poliziano, que dice que siempre tenía entre sus manos las obras de los santos Jerónimo, Agustín y Gregorio, y de los dos Cicerones –el pagano y el cristiano (quiso decir Lactancio en este último caso). Battista, hija mayor de Galeazzo Malatesta, príncipe de Pesaro, y esposa de Guido duque de Urbino, muchas veces y para su suma gloria tuvo disputas con hombres muy doctos –en presencia de Pío II brindó una oración maravillosa y compuso muchas obras elocuentes. Poliziano dice que Cassandra Fedele trataba el libro como su lana, la pluma como su huso y el estilo como su aguja. Y en tiempos no muy lejanos, entre las personas de sexo femenino que cultivaron las bellas letras, no hay ninguna que se manifieste con mayor esplendor que Anna Maria Van Schurman de Maastricht, quien además de la ciencia, conocía las lenguas latina, griega, hebrea,

⁸ La escuela de medicina de Salerno, en Campania, alcanzó gran notoriedad en Europa durante el período medieval y aceptaba libremente a las mujeres.

italiana, francesa, española y alemana como propias. Se ha hecho tan conocida como Madame Dacier, muy valorada por las bellas traducciones de autores latinos a la lengua francesa y por las doctas y eruditas notas añadidas a ellas. Dejo para otro estudio muchas otras antiguas y modernas aún con vida, porque la sola mención de sus nombres bastaría para redactar un buen volumen sobre ello.

El ejemplo de estas distinguidas mujeres me ha inspirado en gran medida. Me han hecho creer posible el vencer un día la debilidad de mi sexo, que reduce todo su afán a saber jugar y hablar bien de la ropa de moda y de cintas para el pelo. Esto es un defecto al cual no contribuye la naturaleza, sino la mala educación. Primero cultivé las lenguas y luego, tanto como mi habilidad lo ha permitido, las ciencias. Y entre ellas, [cultivé] la filosofía, porque la moral nos hace cívicos, la metafísica, esclarecidos (*illuminati*) y la física nos instruye sobre la bella y maravillosa arquitectura del gran palacio del mundo que Dios ha formado para nosotros, y es lo más vergonzoso habitarlo a semejanza de los brutos animales. Y porque escuché que la filosofía cartesiana se fundaba sobre sólidos razonamientos y en cierta experiencia, y que procedía con un método claro, con el cual derivaba una cosa de la otra (y por esto había adquirido infinidad de seguidores); por eso, me incliné por esta filosofía más que por ninguna otra. Y quise estudiarla de su propia fuente, dudosa de los ríos que usualmente no conservan la claridad del agua original. Así me hice de la traducción al francés de parte de un amigo de René, quien la aprueba y elogia en una de sus cartas. Y porque “esperaba que fuera leído por más personas en francés que en latín, y porque sería mejor comprendido”,⁹ yo he deseado traducirla al italiano para hacer partícipes a muchos otros, especialmente a las mujeres quienes, al decir del propio René en una de sus cartas, son más aptas para la filosofía que los varones.¹⁰ Él lo había experimentado con su protectora Elisabeth, hija del rey Federico de Bohemia, a quien consagra estos *Principios de la filosofía* por su mérito, porque ella sola, desde el tiempo en el que descubrió su obra entre otras, la entendió perfectamente. Debido a que nuestra lengua, con la solidez (*gravità*) y la elegancia (*leggiadria*) de sus expresiones, es capaz de una versión más conforme con el texto latino, también he examinado éste último para que la traducción sea lo más adecuada y fiel posible al sentido original del autor. A todo esto, se añade otro estímulo, y es que en toda época fue costumbre el traducir los libros a la lengua corriente. Así, los romanos tradujeron al latín las más notables obras griegas, tanto históricas como doctrinales. Y cuando el latín dejó de ser de uso corriente, los libros escritos en esta lengua fueron traducidos a las otras que le sucedieron, en particular, al italiano en el florecimiento del siglo XVI y al francés en el pasado siglo, cuando en Francia la lectura se estableció más que nunca. Esto ha sido de gran ventaja para aquellos que no conocen otra lengua que la materna y tienen deseos de aprender (*apparare*). Se abre así un camino para disfrutar no solo de la lectura de los libros, sino también para extraer de ellos el beneficio que las ciencias traen consigo, que no se encuentra ligado a las palabras sino a las cosas mismas. Las ciencias se pueden clarificar (*spiegare*) en cualquier lengua de manera precisa (*proprietà*), sólo con respecto a sus vocablos técnicos (*Vocaboli detti dell'Arte*), los cuales deben conservarse con la literalidad con la que fueron introducidos originalmente (*col Suono che furono prima introdotti*). En esta traducción se los ha considerado seriamente.

Y si no se vislumbra aquí toda la belleza del habla italiana, ha de saberse que pensé más en la explicación de las opiniones (*sentimenti*) que en el cultivo de las palabras.

⁹ Cita la carta de Descartes al traductor francés de los *Principios* Abbé Claude Picot (1601-1668), incorporada como prefacio.

¹⁰ No está claro que Descartes destaque la mente femenina, *per se*, como la más apta. Al contrario, en la carta a Elisabeth, se la destaca como ejemplo de algo “poco común”. En la carta al traductor, la contraposición es entre los doctos formados en la filosofía con falsos principios (considerada como antigua Filosofía) y los que poseen una razón natural: “aquellos que desconocen lo que hasta ahora se ha denominado filosofía, son los más capacitados para acceder al conocimiento de la verdadera filosofía.”

Además, no he podido evitar algunos vicios particulares al traducir de una lengua a otra, porque siempre se pierde la elegancia, el gusto (*grazia*), la precisión (*proprietà*) y el número [gramatical] de la lengua original en la que los autores han escrito tan admirablemente. Sucede como al copiar, aun de manera magistral, la pintura de un excelente artista. Nunca se puede conservar la vivacidad original.

En lo que respecta a la precisión (*proprietà*) de las explicaciones, que son muy difíciles pues se trata de asuntos de la filosofía, verdaderamente no me hubiera dado prisa en mandar esta traducción, si primero no lo hubiera hecho revisar por un hombre bien instruido y notable, tal como lo hizo el traductor francés, quien quiso el juicio del propio René, y como usualmente se hacía incluso en los tiempos antiguos, en los libros que debían ser entregados al público. El *Compendio del Código Teodosiano*, entre otros, tuvo como revisor al muy respetable Aniano. He tenido el impulso (*forza*) de dar la traducción a la imprenta y fui inducida a hacerlo porque me persuadí a mi misma de que tenía la amable simpatía (*compatimento*) de buenas personas. Y espero que quienes me sucedan en este talento (*genio*) lo hagan mejor que yo, porque usualmente las obras de los autores célebres tienen más de un traductor.

Mi intención era añadir algunas pequeñas notas y breves reflexiones, para poder mostrar paso a paso cuán mal y erróneamente se le atribuyen a esta filosofía muchas cosas que el autor ni siquiera soñó. Y también añadir al principio del libro un breve, pero completo compendio sobre la vida de René para clarificar la orientación de sus estudios y el orden que siguió para el buen filosofar, con una sección adicional sobre la historia de su filosofía. Pero luego supe que el Sr. Francesco Spinelli, príncipe de Scalea, estaba por publicar una obra muy erudita en la que advierte sobre algunas falsedades que le han sido atribuidas a Descartes (especialmente en la metafísica, donde ha tenido sus más tenaces oponentes). Y luego obtuve la elocuente traducción de la *Breve vida [Ristretto della vita]*¹¹ de nuestro encomiado autor [Descartes] escrito en francés por el Monsieur Baillet y traducido al vernáculo toscano por el Sr. Paolo Francone, marqués de Salcito. Estos caballeros unen de modo maravilloso el estudio de la literatura profunda con el esplendor de su linaje. De manera que estimé conveniente el abstenerme de continuar con mi proyecto inicial.

Pero no debo abstenerme de liberarme de alguna otra acusación (*taccia*) que me puede traer esta tarea, además de la que ya he recibido y por la que ya me defendí lo suficiente. Y consiste en suponer que yo pretendo vulgarizar una Ciencia tan sublime como lo es la entera filosofía, y hacerla accesible (*accomunarla*) para el pueblo ignorante. Los antiguos, que no tenían el velo de otra lengua para esconder sus preceptos morales y sus sutiles especulaciones sobre las cosas de la naturaleza, los oscurecían de manera estudiada con enigmas y símbolos, para que no estuvieran expuestos al vulgo mal preparado y no capacitado. Y luego (lo que es aún peor) que pretendo vulgarizar (*far comune*) una filosofía que abandona los principios más sólidos de la antigüedad y que no se concilia bien con nuestra Santa Religión.

En lo que respecta al primer punto, sabemos por los eruditos que el fin de los antiguos no era el mantener las cosas en secreto, oscureciéndolas con caracteres y fórmulas para que solo unos pocos las entendieran y para que estuvieran al alcance de todos. Giambattista de [sic] Vico ha tratado este tema con suma erudición y doctrina. Y más aún: hoy se escuchan continuamente las quejas y deploramos la infelicidad de nuestro tiempo, porque no siendo los ingenios menos hábiles que los de los antiguos para aprender las cien-

11 Adrien Baillet (1713) *Ristretto della vita di Renato Descartes altramente detto Cartesio o Sig. Dellecarte. In cui si descrive la storia della sua filosofia e dell'altre sue opere.cio', che gli e' avvenuto di piu' ragguardevole.*

cias, poquísimos son quienes alcanzan alguna eminencia y obtienen la gloria de los teólogos, filósofos, matemáticos, historiadores, y otros en otras áreas, que han pasado a la fama en las diversas épocas. Y entre las razones de este mal, la primera y más poderosa es la que los antiguos no han consumido años y años, como lo hacemos nosotros, en el estudio de las lenguas extranjeras para poder entender las ciencias, sino que se han ocupado de su propia lengua natural desde la primera infancia en la que bebían de sus nodrizas.

En lo que respecta al segundo punto, no es mi tarea (ni podría hacerlo) hacer una justa apología de la filosofía de Descartes. Otros lúcidos hombres han defendido abiertamente cada línea escrita, en particular Constantino Grimaldi, en la *Respuesta a la tercera carta de Aletino*¹² [*Risposta alla terza lettera apologetica contra il Cartesio creduto da piu d'Aristotele di Benedetto Aletino Opera, in cui dimostrasi quanto falda, e pia sia la filosofia di Renato delle Carte*: 1703]. No obstante, con pocas palabras, afrontaré este tema.

En lo que respecta a que la [filosofía cartesiana] abandona los principios más sólidos de la antigüedad, como fabulan (*favellare*) algunos en extremo comprometidos con esta idea, es preciso tener en mente lo que dice, con el seudónimo de Lamindo Pritanio, el muy erudito Sr. Ludovico Antonio Muratori en el capítulo V de la primera parte de las *Reflexiones sobre el buen gusto en las ciencias y en las artes* [*Riflessioni sopra il buon gusto nelle scienze e nelle arti*: 1708] donde muestra el gran daño que ocasionan a la verdad y al buen gusto quienes él denomina *jueces anticipatorios* (*Anticipati Giudici*). Considera que lo más universal y dañino es “la estima que los hombres conciben por un autor o por un maestro sin el necesario discernimiento, bastándoles para creer que [un autor] dice la verdad el hecho de saber que [tal autor] lo dice”. Por eso a menudo sucede que “con un genio en parte vil y en parte obstinado, jurando por las palabras de su Maestro, toman sus dichos por Sacramentos y sus juicios por Oráculos. De este modo, acuerdan en confesar a Cristo, que no niegan a Platón ni a Aristóteles, y así tienen en armonía la filosofía y el evangelio”, como reflexiona el muy docto padre Bartoli en la segunda parte de su pequeño libro titulado *Uomo di Lettere* [*Dell'huomo di lettere difeso et emendato*: 1655].¹³ El famoso Melchior Cano, desde España, también se refiere a esto y se lamenta en el capítulo V del libro X de sus *Tópicos teológicos* [*Locorum theologicum*: 1585], diciendo que “en Italia han habido tantos fieles a sus maestros y a Aristóteles cuanto a los apóstoles y a los predicadores del Evangelio. Y los de la doctrina cristiana eran más religiosos y devotos”.

Luego de haber considerado todo esto, algo es cierto: cuando se lee y se aprende sin anticipar nada malo o siniestro, las cosas aparecen de modo diferente de cómo pensábamos. Y cuando una mala anticipación interfiere, las cosas aparecen de modo diferente de cómo son. Así, es preciso leer la filosofía de Descartes del modo en el que él desea que sea leída, es decir, en principio como si fuera una fábula, y luego paso por paso considerando el encadenamiento de las razones. Ciertamente, no encontraremos novedad fuera de las ideas que ya más estimamos, si no son aquellas [seguidas] por una buena y continua cadena, y por un método de deducir las cosas a partir de Principios bien establecidos. Y si parece a algunos que la filosofía cartesiana tiene alguna oscuridad, para desentrañar su origen basta con reflexionar, puesto que Descartes nada aprecia más que el pensar bien todo lo que afirma y decirlo de manera tal que hace pensar más al lector.

12 *Lettere apologetiche in difesa della Teologia Scolastica e della Filosofia Peripatetica* (Napoles, 1694) por el jesuita Giovan Battista De Benedictis (alias Benedetto Aletino).

13 El citado libro de Daniello Bartoli tuvo mucha difusión en Italia e incluso se tradujo a muchos idiomas. Como señala Mirella Agorni (2016), una de las estrategias de Barbapiccola es dar sustento a los argumentos con fuentes reconocidas.

Además, Descartes confiesa en el artículo CC de la parte cuarta, que su filosofía “no es nueva, sino la más antigua y la más común que puede ser, y no contiene ningún Principio que no haya sido recibido en todo tiempo y por todos”. Y en verdad, si se desea observar atentamente, es necesario reconocer la justicia de tal sentencia. Pues Aristóteles comenzó con la especulación metafísica, pero la duda (por la que fue tan criticado) es el buen comienzo de Descartes. Jacques Rohault, en su libro *Conversaciones [Entretiens sur la philosophie: 1672]*, observa que Aristóteles también resuelve algunas cuestiones por medio de la consideración del tamaño, la figura y el movimiento de las partículas de los cuerpos, y de los poros que se encuentran entre ellos. Y aduce como prueba el segundo capítulo del Libro II de *Analíticos*. Muchos otros han considerado estos temas, pero mencionarlos nos llevaría demasiado lejos. Se han beneficiado de la luz de los antiguos y de su recepción en los modernos y es bueno que esto fortalezca a cada uno, porque la búsqueda de la verdad no se debe impedir por capricho o por obligación.

Finalmente, consideremos el punto de que la filosofía cartesiana no se concilia bien con nuestra Santa Religión. Es muy grande el ruido que sus oponentes, con fines particulares, antes que por el amor de la verdad, difunden todos los días entre los ignorantes y repletos de prejuicios. Es necesario que, como se dice, examinemos el asunto desde su origen (*dall'uovo la miriamo*).

¿Cuándo la sabiduría humana, que ha estado fundada en débiles Principios, ha podido prestar asistencia a la fe, que procede con Principios más altos y estables, que son revelados por el mismo Dios? Hay dos grandes males equivalentes (como el celebrado Padre Bartoli advierte en el lugar ya citado): “investigar los asuntos de la fe con la curiosidad de la filosofía y creer en los asuntos de la filosofía con la certeza de la fe”. Por eso, por constitución apostólica a nuestros primeros cristianos les estaba vedada la lectura de los libros de los gentiles, en particular de los filósofos, por los sofismas (*cavillazione*) que allí se encontraban. Y solamente se pretendía que [la lectura] del Santo Evangelio y los otros libros de la Sagrada Biblia fueran la única ocupación. Esto también regía para las mujeres, y es la razón por la cual se encuentran en el sagrado epistolario tantas respuestas de las religiosas a los tiranos.

Luego, creció el número de fieles y muchos filósofos gentiles se incorporaron a nuestra religión cristiana. Así, entre los cristianos, se comenzó a usar la *filosofía*, sea para la defensa de la fe o para impugnar a quienes la ofendían. Y los Padres consideraban a la filosofía *platónica* como más apta para ello que la *aristotélica*, porque Platón claramente trataba sobre la divina providencia y la inmortalidad del alma, lo que no se observaba que hiciera Aristóteles, quien no hablaba de tales cosas con dignidad. Además, su lógica era muy confusa y su moral era muy humana, como juzga sobre él San Gregorio de Nacianzo en una carta a Dioscoro. De hecho, [la filosofía de Aristóteles] está impregnada de dogmas del todo opuestos a nuestra santa fe. En el Concilio de Ferrara [Florenia, 1438-1442], Hugo de Siena [Hugo Benzi] contrastó su filosofía con la de Platón, y sus notas fueron recopiladas en un escrito muy docto y erudito por el distinguido Giuseppe Valletta¹⁴ para la defensa de la filosofía moderna, y dirigido al Papa Inocencio XII.¹⁵ Allí se dice que desde fines del siglo VI, los Padres [de la Iglesia] solo abrazaban y sostenían la filosofía platónica. Muchos griegos, la mayoría de ellos

14 Giuseppe Valletta (1636-1714).

15 Se trata del manuscrito *Discorso filosofico in materia d'Inquisizione, et intorno al correngimento della filosofia di Aristotele* (1696, 1697, de acuerdo con los manuscritos). El escrito fue luego editado y publicado de manera póstuma en 1732, con el título: *Lettera del Signor Giuseppe Valletta Napoletano in difesa della moderna filosofia e de' coltivatori di essa, indirizzata alla Santità di Clemente XI. Aggiuntavi in fine un'osservazione sopra la medesima*. Además, el manuscrito al que alude Giuseppe es una reelaboración de un manuscrito anterior: *Intorno al procedimento ordinario e canonico nelle cause che si trattano nel Tribunale del Santo Officio nella città e nel Regno di Na'poli* (1691), en el cual Valletta, por medio de argumentos jurídicos e históricos, argumenta por el privilegio de la exención de la Inquisición Papal en el reino de Nápoles. En medio del conflicto con el poder eclesiástico, la argumentación se enriquece y profundiza en el *Discorso* con la perspectiva filosófica en defensa de la moderna filosofía (Piaia, 2011: 248).

grandes filósofos como Justino Mártir, Clemente de Alejandría, Orígenes, San Basilio, el celebrado Gregorio de Nacianzo y otros; y también muchos latinos, entre los cuales se encuentra San Agustín, de agudo ingenio y de meditación profunda con un discurso inimitable, han servido exitosamente para refutar los errores de los gentiles y para establecer la verdad de la religión cristiana. Y a pesar de que el platonismo le dio armas al maniqueísmo y a otras muchas herejías, sabe cómo *cristianizar*, por así decirlo, y ayudó mucho a sostener los dogmas católicos.

Ocurre lo mismo con la filosofía de Aristóteles. Desde el inicio, fue tenida como apologética (*fautrice*) del error ariano y también de otras herejías, como escribe San Jerónimo en cierto lugar: “los heréticos dejaban al apóstol para ir tras Aristóteles”. San Basilio el grande [de Cesarea], en su libro contra Eunomio, luego de decir que éste intentaba demoler (*abbattere*) y destruir a Cristo con las armas de Aristóteles, afirma: “Por Dios (*deh*), oh insensato (*forsennato*), deja el malvado y dañino hablar de Aristóteles, deja –te advierto– sus venenosas y pestíferas palabras”. Y en sentido similar, otros santos Padres griegos y latinos de tal período y hasta San Bernardo, siempre criticaron la filosofía de Aristóteles. Jean de Launoy detalla las críticas en la Academia de París en el número XXXIII del segundo capítulo de *Varia fortuna de Aristóteles* [*Theologi De Varia Aristotelis In Academia Parisiensi Fortuna, Extraneis Hinc Inde Adornata Praesidiis, Liber: 1662*].

Además de los Padres, en tales tiempos también los Santos Concilios ejercieron vigilancia sobre esta Filosofía. En particular, un árabe famoso del tiempo del sumo pontífice Fabian, prohibió una secta aristotélica que comenzaba a difundirse entre los cristianos de Alejandría. Y también la secta de Dahuiti, que a sus miembros hacían jurar por las palabras de Aristóteles.

Pero hacia finales del siglo VIII y comienzos del siglo IX, invadiendo (*infestando*) los árabes muchas regiones y junto con ellos, trayendo la fama de sus letrados (*scienziati*), la filosofía aristotélica pasó de África a Europa. Primero supo introducirse en España y luego en Francia, donde comenzó a cultivarse en la Escuela de París. Incluso aquí ha tenido en diversos momentos *diversa fortuna*, como dice el celebrado Jean de Launoy (además de la que Johannes Hermann nota en la escuela protestante), hasta que en un Concilio de París de 1209 se ordenara quemar los libros y prohibir su lectura. El decreto fue luego confirmado en 1215 por el Cardenal de San Esteban en Monte Celio [Robert de Courçon], enviado como legado por el sumo Pontífice Inocencio III, y luego, posteriormente en 1231 por Gregorio IX, quien envió una bula (*Bolla*) a los universitarios de París. Pero luego la filosofía aristotélica encontró refugio, porque fue cristianizada por Alejandro de Alejandría, por Alberto Magno, por San Buenaventura y sobre todo por el angélico Tomás de Aquino. Este último, sabiendo que no podría desenterrar a Aristóteles de las escuelas, tuvo la intención de escribir como peripatético para refutar los errores de sus dos grandes comentaristas: Averroes y Avicena, quienes no poco daño han hecho a nuestra religión.

Aristóteles fue cristianizado, pero no despojado de la barbarie con la que lo que vistieron los árabes. Comenzó a seguirse universalmente en las Escuelas, y con el tiempo [su filosofía] se dividió en cuatro grupos: tomistas, escotistas, nominalistas y neutrales, según las diversas interpretaciones que se han hecho de su filosofía, o según las diversas traducciones del griego, o según los diversos pensamientos de sus comentaristas. Así, a menudo le atribuyeron [a Aristóteles] muchas mentiras, sea porque no lo habían entendido, o porque ni siquiera lo habían leído, o porque creyeron en el poder de las mentiras para magnificarlo.

Esto no ocurrió solamente por la introducción de Aristóteles en las Escuelas. Porque al mismo tiempo, muchos –que no poco daño hicieron a la simpleza e inocencia de la

Sacra Doctrina—comenzaron a abusar de los estudios sacros, profanándolos con una excesiva vanidad sofística. Hicieron surgir nuevas cuestiones acerca de los misterios de la Fe, regulándolas según la dialéctica, y ya no resolviéndolas según el parecer de los Padres de la Iglesia, como era la costumbre. Así, surgieron horribles errores y execrables sentencias, que a los Doctores Católicos les costó trabajo rebatir.

Ni la filosofía de Platón ni la de Aristóteles tuvieron el mérito de devenir cristianas y ser por tanto la base de nuestra religión. Pero la filosofía de Epicuro fue interpretada en un buen sentido por el docto Kunhio, según lo escrito por Jacques du Rondel [1630-1715] en su vida de Epicuro, donde nos dice que no solo argumentó por la existencia de Dios a través de los números como Pitágoras, sino que también enseñó que su ser era espiritual e incorpóreo. Francis Bacon lo defiende del infame ateísmo en sus *Ensayos morales*. Más aún, San Agustín lo valora en *De la utilidad de creer, a Honorato* y en *La ciudad de Dios* lo prefiere entre todos los filósofos antiguos, porque había creído en otra vida de premios y castigos.

Y si tanto se ha hecho con otras filosofías de los gentiles, en las que se es clara y notoria la impiedad, ¿por qué, quien lee esta obra, no ha de recibirla con un buen sentido, puesto que es de un cristiano católico como René Descartes, cuya metafísica desarrolla la filosofía de San Agustín y quiere una física unida a la experiencia? [Descartes] no parte de los principios según la concepción de otros filósofos antiguos, y somete todos sus escritos “al juicio del más sabio y a la autoridad de la iglesia católica”, de acuerdo con las opiniones y palabras que aquí [en los *Principios*] escribe al final.

No diré más sobre esto, y dejo lo demás a la sagacidad y al saber de mis lectores. Para culminar, solo considero conveniente agregar lo que el docto Padre Jacques Hyacinthe Serry [1659-1738], de la orden de los predicadores, quien con sumo honor es catedrático en Padua, presenta como una teoría probada con éxito en su lección inaugural del año 1718. En la *Letterati d'Italia*, tomo XXXI, Art. XIII, pág. 431, aparece una versión reducida de sus palabras: “Es decir, el descubrimiento de los filósofos modernos no debe ser rechazado como contrario a la verdad de nuestra Santa Fe, sino que primero se debe sopesar y examinar si puede acordar con ella. Porque muchas cosas que a primera vista parecen contrarias, no lo son realmente. Los documentos sagrados a menudo se adaptan a la inteligencia del vulgo, pero si se toman en su sentido profundo, acuerdan con los modernos. De esto se pueden dar muchos ejemplos. Finalmente, el espíritu divino no dictó la Escritura para enseñar la física ni la matemática, sino la perfección de las costumbres. Y para indicar los caminos hacia el Cielo, no a los fenómenos naturales”.¹⁶

Y esto es todo lo que he podido decir en esta breve carta. Para tratarlo de manera completa, se requeriría más que unas pocas páginas y más que mi propio talento.

¹⁶ La estricta distinción entre los ámbitos del conocimiento racional y la fe que aquí se presenta, en una cita elegida por parte de un teólogo, es muy significativa. Es destacable que Giuseppa culmine el escrito con un argumento que ha servido, entre otros, para la defensa de la autonomía de la filosofía de parte de la autoridad teológica y del poder eclesiástico. La idea de que la escritura sacra solo tiene una eficacia cívica para un pueblo aún no ilustrado, se encuentra en Giordano Bruno, en la voz de Fracastoro: “Los teólogos no menos doctos que religiosos jamás han puesto trabas a la libertad de los filósofos y los filósofos verdaderos, con conciencia cívica y buenas costumbres, han favorecido siempre las religiones, porque tanto los unos como los otros saben que la fe es necesaria para la ordenación de los pueblos rudos que deben ser gobernados y la demostración para los contemplativos que saben gobernarse a sí mismos y a los demás”, *Del infinito: el universo y los mundos* (1584), ed. Gredos: 2014, p. 255. Trad. Miguel Granada.

